



Si al odio no respondes con más odio

LOS DIARIOS DE BERLÍN (1940-1945)

Marie «Missie» Vassiltchikov

Edición y comentarios de
George Vassiltchikov
Traducción de R. Vilagrassa
Acatilado, Barcelona, 2004
509 páginas, 25 euros

LAS situaciones apocalípticas a veces empeoran, si cabe, y siempre cabe, por la añadidura de la sordidez. Esto resulta evidente en las revoluciones, como la comunista o la nacional-socialista. Al dolor y a la muerte se les une el desánimo que producen en casi todos los hombres –pero no en todos– la suciedad física y moral y el espectáculo repugnante de la crueldad. El heroísmo supremo consiste en sobreponerse no sólo al miedo y al dolor sino al asco. Missie Vassiltchikov lo hizo.

Mientras Hitler se refocilaba contemplando las películas que le pasaban de las ejecuciones de los conjurados del 20 de julio de 1944 –estrangulados con cuerdas de piano por orden del Führer, para que durara más la agonía– Missie Vassiltchikov se jugaba la vida haciendo dos cosas que consideraba necesarias y de las que no se jacta: buscar un pope ruso para que le dijese una misa por los ya muertos y por los demás acusados (tan sólo pudo asistir ella) y llevar a la cárcel, con una amiga, paquetes de comida para los cautivos, de los que había sido confidente y correo, desechando la posibilidad de escaparse a Suiza. No le faltó valor a la joven princesa rusa, sobre todo si se tiene en cuenta que mientras tanto el pueblo alemán rugía pidiendo el castigo ejemplar de la clase alta, culpable a sus ojos de traición por el intento de asesinar a Hitler.

«Cerdos traidores»

Fue entonces cuando éste –jaleado por quienes, como el periódico oficial de las SS, vociferaban contra «Los cerdos traidores de sangre azul»– lamentó ante sus próximos no haber seguido mejor el modelo soviético y no haber purgado de nobles las fuerzas armadas alemanas, lo cual tenía cierta lógica nacional-socialista. Incluso declaró que debería haber apoyado al Frente Popular y no a los Nacionales en la Guerra Civil española. Se comprende que aun hoy el Conde de Stauffenberg, hijo del principal autor del atentado contra Hitler, siga corrigiendo –en los periódicos, como antes en los parlamentos, alemán y europeo, donde fue diputado– a quienes dicen *nazi* en lugar de *nacional-socialista*, que es como se llamaba y lo que era aquel partido político.

Hacia falta, sí, mucho valor, y no sólo físico, para nadar contra corriente, y aun contra varias corrientes cruzadas, en aquellos tiempos. Ese insólito valor lo tuvieron la autora y muchos de sus amigos que aparecen retratados con unos pocos trazos, simples pero que no ocultan los trágicos dilemas



Marie «Missie» Vassiltchikov

que afrontaban y los matices sutiles de sus personalidades, que afloraban bajo la presión terrible de la guerra y de la conjura. Adam von Trott, el diplomático y amigo íntimo de la autora, se duerme o finge dormir en una reunión de trabajo con su jefe, una especie de comisario político de las SS, al que suele tratar con desprecio ostensi-

ble (¿por clasismo suicida? ¿o peligroso sentido del humor?). El Príncipe Heinrich Wittgenstein, uno de los mejores pilotos de la Luftwaffe, solía volar de paisano, y alguna vez de esmoquin, echándose una gabardina por encima; hubiera muerto como el anterior, ejecutado por Hitler, si no se hubiese adelantado la RAF. La noche en

que murió había ya derribado cinco aviones aliados y en total 83 durante la guerra, pese a lo cual –o acaso por ello mismo– los ingleses dejaron caer una corona de flores donde había muerto su enemigo. El Conde Gottfried Bismarck, cuando la Gestapo estaba a punto de detenerlo, se resistía a desahucarse de los restos del explosivo que guardaba en su despacho «para intentarlo otra vez». Fue apresado y torturado, pero no ejecutado. Causa tristeza leer que tras sobrevivir a tanto, Bismarck y su mujer se mataron poco después de la guerra en un accidente de automóvil. En cambio alegra leer que el juez sádico que presidió el Tribunal Popular que condenó a los conjurados del 20 de julio (Freisler, un antiguo comunista converso al nacional-socialismo) murió en un bombardeo mientras juzgaba a Fabian von Schlabrendorff, que se salvó tanto del bombardeo como de la sentencia.

Entre la Historia y la psicología

Estos diarios de guerra se pueden leer como un documento histórico o como un testimonio psicológico, pero en cualquier caso cautivan por la evidente sinceridad de la autora y el vigor sencillo del relato («si al odio no respondes con más odio, y encima / no te las das de justo, ni de sabio al hablar» traduce Ucelay a Kipling). Sin duda tienen más interés histórico las páginas consagradas a los años 1940-1944, tiempo que la autora pasó casi todo trabajando en el servicio de Prensa del Ministerio de Negocios Extranjeros, y por supuesto lo más notable es lo relacionado con el intento de magnicidio. Aunque sólo sea por el resultado –más de 11.000 ejecuciones, la flor y nata de una nación ya casi desangrada por la guerra, pero unos jirones de honor que se salvan– el 20 de julio de 1944 es una fecha histórica señera.

La última parte de los diarios –1945 y el trabajo de Missie Vassiltchikov como enfermera en Viena– sigue teniendo un hondo interés humano. Los bombardeos de Viena –como los de Berlín en páginas anteriores– son, junto con las visitas de la autora a la cárcel y sus experiencias en el hospital de sangre, páginas muy duras de leer pero tan desprovistas de autocompasión y tan llenas de modestia que no dejan un sabor amargo. Y el estilo literario es tan natural que sobrevive incluso a una traducción torpe.

Se echa de menos el excelente índice onomástico de la edición original inglesa. Y las fotos están peor reproducidas, lo cual es una pena pues no es frecuente ver una serie de personajes tan hermosos. Hace un par de años le comenté a Tatiana Metternich, una hermana de la autora que vive aún, cuánto me había llamado la atención la belleza de ella, su familia y sus amigos. Me miró pensativa: –Dicen que siempre es así. Cuando un mundo va a desaparecer los jóvenes son especialmente guapos... Y luego mueren.